

ROBERTO MADRIGAL

Diletante sin causa

Textos sobre cultura y represión



Edición: Pablo de Cuba Soria
© Logotipo de la editorial: Umberto Peña
© Ilustración de cubierta: Juan-Sí González, de la serie
Saving my words, Ohio, 2008
© Roberto Madrigal, 2020
Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2020

www.editorialcasavacia.com

casavacia16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

INTRODUCCIÓN

Diletante sin causa fue como nombré el blog que comencé a escribir en diciembre de 2010. Me pareció un título más que adecuado, pues pensaba tratar diversos temas, sin ser especialista en ninguno y, lo que se define como diletante es alguien que se interesa por las artes o por diferentes campos del saber, como aficionado y no como profesional.

Redacté unos 250 textos en casi nueve años. Traté los temas de mi interés, como son el cine, el béisbol, el ajedrez, los viajes, la literatura y la cultura en general. Todos en su relación con la represión y la censura propias del totalitarismo. La mayoría de los escritos tienen un vínculo directo con la situación cubana. Seleccioné 75 de ellos, dejando exclusivamente aquellos que estoy convencido pude haber escrito solamente yo.

El blog tuvo más de un cuarto de millón de entradas, mucho más de lo que se puede aspirar que este libro pueda tener. Los textos, reunidos en un volumen cobran mayor coherencia que leídos en el blog. Los contextualiza. Son trabajos escritos con la urgencia de reflexionar, comentar y aportar sobre hechos inmediatos, con la prisa de rescatar del olvido eventos y personajes que merecen atención y mejor entendimiento.

Escribí mucho sobre Cuba, cuya tierra no piso hace 40 años. Lo hice enfocándome de dos maneras. Me cuidé, al opinar sobre la situación actual del país, de hacerlo tratando de aprovechar las ventajas que ofrece

la distancia y desde el punto de vista de alguien con información y conocimiento histórico sobre este tema.

Lo otro que hice fue remontarme a los finales de la década de los 60 y la década completa del 70, que es el período menos documentado y comprendido de la historia contemporánea cubana, de la cual solo hay información manipulada y proveniente de los círculos de poder. Un período difícil que se ha tratado de mantener entre la oscuridad y la versión oficial. Lo hice con la memoria y sin nostalgia, a través de anécdotas personales o “artículos”, “crónicas”, “meditaciones” y “ensayuelos”, basados en datos muy específicos a los cuales tuve acceso.

No he escatimado en nombrar nombres ni en citar fechas y lugares; así se fundamenta la Historia, con las pequeñas historias, así se lucha para evitar los intentos de anonimizar gran parte de la cultura. Fui testigo de una época sin testimonios.

R. M.

Cincinnati, 20 de abril, 2020

EL ROSTRO DEL OSTRACISMO

Jamás había oído mencionar su nombre. Fue recién llegado a Cincinnati, en 1982, que leí un artículo publicado en el periódico local que trataba sobre él. Quizás debido a las terrazas marinas de mi proveniencia, su historia de inmediato me interesó.

Robert Lowry fue más que una promesa de la literatura americana. Nació en Cincinnati en 1919. Ya en 1938, cuando estudiaba en la Universidad de Cincinnati, creó The Little Man Press, una de las primeras editoriales independientes, dedicadas a publicar pequeños volúmenes de poca tirada, principalmente de cuento y poesía, que revolucionó la industria editorial con sus ediciones de Saroyan, Neruda y Dylan Thomas, entre otros.

En el quinquenio posterior a la Segunda Guerra Mundial (en la cual combatió en Italia y el norte de África), se convirtió en uno de los mejores narradores de Estados Unidos. Publicó las novelas *Casualty* en 1946 y *Find Me in Fire* en 1948, así como el volumen de cuentos *The Wolf that Fed Us* en 1949, todos bajo el sello editorial Doubleday. A principios de los 50, aparte de hacer críticas de libros y ensayos que aparecieron en las revistas literarias más importantes del momento, Doubleday editó su novela *The Violent Wedding* y otra colección de cuentos, *Happy New Year, Kamerades!* Mantuvo su casa en Cincinnati pero se movió con frecuencia en los círculos literarios neoyorquinos.

Fue admirado por Hemingway y por Cyril Conolly y aunque en parte con la mala leche de sus vendettas personales, Gore Vidal dijo de *The Wolf That Fed Us* que tenía “la virtud de una autenticidad de la cual carecía la obra de Mailer, *Los desnudos y los muertos*”. Su cuento “That Kind of Woman” fue llevado al cine por Sidney Lumet (la película contó con la actuación de Sophia Loren, Tab Hunter y Jack Warden). Lowry fue también un destacado ilustrador.

El alcoholismo, dos matrimonios fracasados y una larga historia de inestabilidad emocional le pasaron finalmente la cuenta y a partir de 1952 pasó gran parte de su vida en asilos mentales. Fue diagnosticado como esquizofrénico paranoide (aunque leyendo su historia pienso que hoy en día el diagnóstico hubiera sido maniaco-depresivo), fue sometido a repetidos tratamientos de electro-convulsión y su actitud ante la vida cambió. Como la mayoría de los psiquiatras que lo trataron eran de origen judío, Lowry desarrolló un delirante anti-semitismo y escribió *Party of Dreamers*, una novela que presentó en 1958 a Doubleday pero que la editorial la consideró impublicable por su violento ataque a los judíos. Aunque después la publicó por cuenta propia en 1962, su destino literario quedó sellado. No solamente no se le editó ningún otro libro, sino que sus libros anteriores no fueron jamás re-editados. Su nombre desapareció de todos los estudios literarios, sus amigos le viraron la espalda (quizás en parte por su insoportable desasosiego mental) y Lowry regresó a su casa de la calle Linwood, convertido en un ermitaño, lleno de odio. En 1967 intentó resucitar, sin éxito, el partido nazi americano. Sin dinero y sin posibilidades concretas de trabajo, pasó el resto de su vida entre

instituciones mentales, albergues para desposeídos y hoteles de mala muerte, aunque conservaba su casa.

Por lo cruel de su caso, ya que no solo se le censuró una obra que quizás podría discutirse merecer tal suerte, sino que se eliminó todo lo destacable de su excelente obra con efecto retroactivo y se le convirtió en una no-persona (ni siquiera una persona non grata), en un acto de pavorosa complicidad entre editores y escritores, me pareció que entrevistarle para mi revista *Término* sería valioso para nuestro medio.

En 1983 leí *Casualty* y *The Wolf That Fed Us*, volúmenes que encontré en una librería de viejos y que me parecieron obras maestras. Lo contacté y quedamos en vernos en el hotel Washington, un antro del *downtown* en el cual habitaban todo tipo de desechos sociales, pero no pude asistir a la cita acordada y por largo tiempo todo quedó ahí.

En 1987, azuzado por el escritor Rogelio Llopis, otro personaje que bien merece una semblanza, volví a establecer contacto con Lowry, que tras un tiempo en instituciones psiquiátricas, había regresado al hotel Washington. Acudí entusiasmado a encontrarme con este héroe existencial, pero lo que enfrenté en el asqueroso lobby del hotel no era más que un detrito humano.

Había visto fotos de Lowry de los años 40, en las que parecía una versión actualizada del joven Hemingway, pero ante mí tenía un hombre con el pelo sucio y ralo, la cara llena de manchas hepáticas, las uñas largas y manchadas, la mirada casi vacía y la ropa deshilachada. Era todo un estereotipo viviente de la miseria humana.

Tras una torpe presentación lo invité a tomarnos un trago en el White Horse Inn, un bar que quedaba

al lado del hotel, que era de esos típicos bares americanos lúgubres, escasamente ocupado, mayormente por alcohólicos silenciosos que miran hacia la nada. Apenas hubo conversación, yo tenía que repetir lo que decía, que no eran preguntas sino anémicos intentos de establecer una charla, Lowry me miraba a veces como si me conociera y otras como si yo no estuviera ahí, y luego de una de las horas más deprimentes de mi vida, decidí marcharme. Lo acompañé de nuevo al hotel y le dije adiós, esta vez para siempre. Ya yo no tenía la revista ni idea de a quién le podría interesar esta historia, así que guardé mis notas y dejé el asunto a un lado. Pero el tema de la censura es algo que no me abandona y finalmente resolví sacarlos del olvido, para poner mi granito de arena en el rescate de un escritor cruelmente censurado, en un país en el cual la censura es un tópico lejano.

Lowry murió en 1994, en el hospital para veteranos del ejército, en Cincinnati. El hotel Washington fue derrumbado un año después, para dar lugar a la construcción de un gigantesco complejo para las artes dramáticas, el ballet y las artes plásticas, diseñado por el célebre arquitecto Cesar Pelli. Del White Horse Inn solo queda una marquesina descascarada, que parece a punto de caerse. Pasé por allí el otro día, poco antes de escribir este texto.

1° de marzo, 2011

DESEMPOLVANDO UN TESTIMONIO

En 1979 la Editorial Científico-Técnica se apresuró a imprimir *El hombre y la mujer en la intimidad*, un texto sobre relaciones sexuales escrito por el psicólogo entonces germano-oriental, Siegfried Schnabl, quien había sido invitado a ofrecer una conferencia en la Universidad de La Habana ese mismo año.

Schnabl era un autoproclamado investigador sexual que, tras publicar en 1969 su manual sobre la intimidad sexual entre el hombre y la mujer, se había convertido en el consejero sexual y matrimonial más exitoso de la ya desaparecida República Democrática Alemana. Y aunque sus investigaciones sobre sexualidad fueron oficialmente prohibidas en 1973 por el gobierno de su país, se le permitió continuar como jefe de esta especialidad en la universidad Karl Marx Stadt en Chemnitz.

Entre las dieciocho ediciones que se hicieron de su manual estaba la cubana. A decir verdad, el libro no era más que un compendio banalizado y procesado para el socialismo real de las teorías y prácticas elaboradas desde 1957 por el matrimonio americano del ginecólogo William Masters y la psicóloga Virginia Johnson, seguidores de Kinsey que sentaron cátedra en este campo por muchos años.

Con la prisa de preparar la edición para la visita del distinguido alemán, los editores descubrieron un poco tarde que había un capítulo que trataba sobre la homosexualidad de una manera que no encajaba en

los principios que regían una psicología dominada por principios ideológicos.

Quizás confiados en que Schnabl hasta hacía poco consideraba la homosexualidad como una enfermedad, a pesar de que desde 1973 la American Psychological Association la había desclasificado como psicopatología, los encargados de organizar la gira no revisaron bien el libro y para su consternada sorpresa se dieron cuenta que en ese capítulo Schnabl presentaba la teoría del baño andrógono, en pañales entonces, como explicación del homosexualismo sin connotaciones éticas o ideológicas.

Simplificando los argumentos, esta teoría establecía que todos los embriones son inicialmente femeninos y muchos son sometidos a un baño andrógono que determina el desarrollo del sexo masculino. Con los estudios genéticos todavía muy lejos de lo que son ahora, diferentes mezclas y visiones de esta teoría se sostenían para calificar la homosexualidad como un fenómeno natural. Por supuesto, la teoría, que ha evolucionado con el tiempo y con el desarrollo de la genética, estaba muy incompleta y llena de baches, pero lo importante es que representaba un desafío insólito para la dirigencia de la facultad de psicología cubana, ya que implicaba un apoyo científico a la normalidad biológica de la homosexualidad en un momento en el cual la homofobia era razón de estado.

No se hicieron esperar los parches. Originalmente, el libro iba a ser distribuido a toda la población, pero en sus afanes remendones, las autoridades pertinentes determinaron que se vendería solo a psicólogos y psiquiatras previa presentación de su identificación como tales. Recuerdo el día que fui a comprar mi ejemplar,

ya que no vendían más de uno por cliente, en una librería de la calle Zanja, muy cerca del barrio chino. Le dije a la dependienta lo que quería, y esta, tras mirar sigilosamente a ambos lados, me pidió la identificación que de inmediato produjo. Sacó una libreta y anotó mis datos lenta y cuidadosamente. Tras guardar la libreta y devolverme mi carnet, sacó un cartucho y se agachó tras el mostrador. Con trabajo manipuló para extraer un libro que estaba enterrado bajo un montón de revistas (lo supuse por el sonido, ya que nada se veía) y luego lo puso dentro del cartucho. Se irguió y me lo entregó mirando de nuevo a todas partes y advirtiéndome: “No lo saques aquí”.

El dichoso capítulo se convirtió en el tema del momento entre los psicólogos. Las autoridades de la facultad prepararon un almuerzo con Schnabl para ajustarle y advertirle los límites a los cuales se ajustaría su conferencia. El temita había que tocarlo de pasada. Aunque la mayoría de nosotros estábamos más interesados en preguntar sobre el uso de la prostitución para tratar la impotencia y la esterilidad sexual en un sistema socialista, elemento que manejaban con frecuencia Masters y Johnson y que Schnabl tímidamente reflejaba en su libro, la dirigencia del partido y de la juventud comunista repartieron entre varios de sus miembros una lista oportuna de preguntas que copiarían la sesión una vez que Schnabl terminara su alocución, propósito que lograron y que interfirió con las pocas preguntas espontáneas que algunos intentaron hacer. Sin embargo, Schnabl, queriendo hacerse el simpático para aligerar el ambiente y romper el hielo que reinaba en el local, empezó su conferencia diciendo: “Ayer durante el almuerzo que me ofrecieron, me pareció que me miraban

como si yo hubiera llegado dirigiendo un batallón de homosexuales que invadían por Playa Girón”. Hubo un silencio ensordecedor en el anfiteatro.

En 1982 Néstor Almendros me contactó para preguntarme si me interesaba ofrecer este relato para que formara parte del documental sobre la represión a los homosexuales en Cuba, que entonces filmaba y que luego sería *Conducta Impropia* (1984). Accedí y unos meses más tarde Néstor vino al festival de cine que organiza la Ohio University en la pequeña y pintoresca Athens, situada en el este rural del estado de Ohio, a unos doscientos kilómetros de mi casa. Me pidió que fuera por allá para filmarme y entrevistarme, pero cuando aquello yo era pobre e indocumentado y el vehículo que manejaba no hubiera llegado ni a la mitad del camino. Hablamos de la posibilidad de que él llegara a Cincinnati o de que nos acercáramos a medio camino, pero sus obligaciones con el festival se lo impidieron y el testimonio cayó en el olvido.

25 de mayo, 2011

ÍNDICE

Introducción / 5
El rostro del ostracismo / 7
Desempolvando un testimonio / 11
De espacios y coincidencias / 15
La viuda, el ajedrecista y el dictador / 20
Tras la sombra de Bobby Fischer / 23
Coronamiento de un desastre anunciado / 28
El malestar en cultura / 34
¡Oh, Israel! / 38
Dos del horror cotidiano / 45
El debate intelectual / 50
Kafka, Karel Gott y los fantasmas del siglo / 53
Represión nuestra de cada día / 57
El autarca ilustrado / 60
Adiós al Doctor Fantasma / 64
Con las medias puestas / 67
Persistencia de unas memorias / 70
El antimuseo / 75
El lento descenso del Olimpo / 80
El tocayo incómodo / 86
La literatura y los giros de la Historia / 92
Ajedrez dadaísta: Duchamp, Capablanca y Fischer / 96
Los escritores incómodos / 101
El censor que se repite / 107
Premios: docilidad y responsabilidad / 111
Se cierra un capítulo / 116
En busca de un nuevo Zanjón cultural / 119

En algún sitio entre Woody Guthrie, Kerouac,
Pérez Prado y García Lorca / 124

Rescates culturales II / 128

Ecológica / 133

Un texto imprescindible, una omisión imperdonable / 137

Nuevos rescates culturales / 142

La construcción del mito / 145

La quijada del asno / 151

Más variaciones sobre un mismo tema (recurrente) / 158

Lisa y la leyenda del periodismo objetivo / 163

Premios y políticas culturales / 168

Muere una cineasta desconocida / 172

No fue solamente un bongosero / 176

Últimos días en La Habana / 181

La sensibilidad literaria de la CIA / 186

Un asunto de posicionamiento / 192

Fiesta y destino / 198

El fin de una historia / 203

¿Contaminaciones culturales? / 208

Fundamentalismos / 212

¿Regresa el glamour a La Habana? / 218

Las cosas como fueron / 222

La pose, la prosa y la guerra / 226

Padura, los premios y Tania / 229

Y el despertador sonó en Toronto / 234

Otros visitantes, los controles represivos
y una anécdota / 238

Algunos viernes con Juan-Sí / 241

Audacia en Estocolmo / 244

De oleadas migratorias / 248

La tozuda y morbosa vocación de servilismo
de los intelectuales cubanos / 252

Los límites de la mente esclava / 256

Comiseración por el diablo / 259
Beaker Street / 263
Las fallas de la memoria / 268
Redefiniendo al censor / 271
El ajedrecista que se atrevió a ser disidente / 276
Barrio chino y xenofobia / 281
El sinuoso encanto de la isla / 286
Fijeza de la memoria / 291
Adiós al cronista de las generaciones
y las causas perdidas / 294
Los tiempos están cambiando / 298
Indiferencia / 303
La emigración como arma política / 307
Censura, censores y censurados / 312
Elogio del reguetonero / 316
Nuestra banalización del mal / 322
La pérdida del tiempo / 325
El poder del carisma / 330
El Newseum, dos fotos y la historia
de la Historia / 336
Evtushenko: un filme, un poema y la efusividad
eurasiática / 342